



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año II. PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 26 de Marzo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 21.

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Morales Lémus y Enrique Piñeyro (VI), por Juan Dandolo.—Rumores, por Juan Lanas.—Boceto á la pluma de D. Manuel Ortiz de Pinedo, por Julio Nombela.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva-York, por John Bull; de Madrid, por Juan Lorenzo.—Carta de Judas Izcarote á don Miguel Aldama, por Juan de Austria.—La liga y la pierna, por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Anuncio del Almanaque de JUAN PALOMO.

Caricaturas, por D. Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Se ha descubierto una receta para que los prusianos sean simpáticos á los mismos franceses, y para que estos busquen á aquellos y los llamen y los agasajen y los necesiten. ¡Quién lo había de decir!

¡Quién había de decir que los mayores enemigos del hombre de la junta cubana, del *contratista* del patriotismo cubano y del odio contra todo lo que sea español, habían de ser sus mismos compinches y *compinchas*; los mismos que con su dinero habían sentido correr por las venas el fuego del entusiasmo y el del coñac!

El mundo está lleno de cosas raras, y desde el tenor, *graduado*, que hace el torero de la *Traviata* y el novio de *Lucía* en la idem, hasta la estatura de Ramon Correa, inclusive, no se hace más que tropezar con ellas.

Pero volvamos á los franceses y los prusianos. Acababan estos de ver brotar por cada poro de su cuerpo una mata de laurel, y llevaban las mochilas y los morrales (no hay alusion á los laborantes) atestados de cachos de gloria, cuando emprendieron la retirada hácia el lugar doméstico, no muy satisfechos, por lo que parece, del recibimiento que les hizo París.

La llave con que abrieron la puerta de la que llamaban capital de Europa, no fué tampoco muy del gusto de los parisienses; de manera que han quedado pagados unos y otros.

No hay para qué decir si los franceses verían con placer esta retirada, y si los animaluchos que se habían comido armarian poco jaleo en la barriga para que saliera á borbotones el odio de los oprimidos contra los opresores.

Pero un farmacéutico, ó lo que sea, ha confeccionado un remedio que se llama bebida *roja*, para que ese odio se vaya aplacando y se convierta en simpatía, hasta cierto punto.

Veamos la receta.

Tomarás un pueblo *rojo* de vergüenza por la humillacion que se le ha hecho pasar; lo revolverás con todas las malas pasiones que se encuentran amontonadas en las últimas capas de la sociedad; le dirás que vá á venir á gobernarlo un miembro de cierta familia que él echó á puntapiés, lo cual es lo mismo que clavarle una banderilla de fuego;

lo pondrás enfrente de un ejército desmoralizado y abatido por los reveses, y todo esto mezclado y puesto á cocer en la caldera donde se resuelven las venganzas políticas y los rencores personales, forman una sustancia que ha de dar forzosamente el resultado apetecido.

Con algunos, muy pocos tragos de este brebaje, que la Francia se eche al cuerpo, acabará por gritar de una manera desaforada:

—Venid, vosotros los que teneis el casco acabado en punta y el corazon acabado en piedra berroqueña: los que llevais un almacen de desazones y disgustos en forma de hulanos; los que me habeis partido por el eje; los que habeis hundido en el polvo mi fama y mi riqueza; venid, y libradme de mí misma; venid, remononos, y atadme de piés y manos para que no me pueda mover; venid á evitar que mi mano derecha le pegue cintarazos á la izquierda, y esta trompicones á la nariz; y la boca le tire bocados al ojo derecho, y el ojo derecho mire de mala manera al izquierdo; venid, porque si me dejais solita, me voy á destrozar con todas las reglas del arte y con todo el entusiasmo pátrio que cabe en un celemin de entusiasmo.

Y el emperador Guillermo se pondrá tan ufano y tan orondo, y volverá para desempeñar el papel de *Angel de la Guarda*; pero de angelito de mayor edad y de tamaño natural.

¡Angelito!

En cuanto la Francia ha podido sacar á la luz del sol el rostro, que ántes le cubría el casco prusiano, ha dejado ver el color de la vergüenza. El *rojo* es el que domina.

Se necesitará una moderna vara de Moisés que divida las aguas de ese mar, para que á pié enjuto pasen el orden y la paz.

Sólo que el Moisés de ahora descargará la vara en las costillas de muchos y pondrá un brazo de hierro, por el estilo de un Napoleón ó cosa así, que la esgrima por algunos años y no deje títere con cabeza.

Francia podrá ir sacando los piés de las alforjas, y echando roncas hasta ponerse echa un brazo de mar; pero será de mar *rojo*.

¿Qué sería de Cuba si un día, pongo por caso, se levantara el dominio español, como quien levanta la tapa de una sopera, dejando la Isla en poder de los que hoy tan cruda guerra se están haciendo entre sí?

Caballeros, declaro formalmente que aun en hipótesis me carga hablar así, y toda mi sangre española se revuelve.

Sería la historia de la *esposa* del alacran, que se vé comida por sus hijos.

Si Francia, que ha sido siempre una nacion po-

derosa, se encuentra hoy de tal modo desmoralizada y dividida, ¿qué sería de lo que nunca ha sido nacion ni lo puede ser?

Vamos á ponernos á reflexionar, no porque haga falta, pues todos estamos al cabo de la calle, sino para medir en toda su magnitud la embriaguez (ustedes dirán si moral ó material) de los Aldamas, los Mestres, etcétera, etcétera....

Meditemos silenciosos y recogidos, pero entre meditacion y meditacion, sacudámosles un puntapié en salva sea la parte, si se presenta oportunidad.

La revolucion no ha muerto; así lo asegura el corresponsal que *El Word* tiene en la Habana, y cuando él lo dice, enterado debe estar, y hay que creerlo.

El corresponsal de *El Word* es un gran pensador y un filósofo profundo, ni muy alto ni muy bajo, ni muy pequeño ni muy grande, ni muy gordo ni muy flaco. Cualquiera le conoce con solo verlo.

Es un filósofo, como aquel de la zarzuela, que no tiene nada que hacer, y se entretiene en estudiar el *crecimiento* de la insurreccion y cuáles son los períodos en que aumenta y cuáles los en que disminuye.

Me parece que para un jóven de corta edad son estos estudios bastante delicados. Tan delicados como un tísico.

Pues, señor, dice el corresponsal, encerrándose en sí mismo y echándose un cerrojo en la persona, para que no lo distraigan los importunos; pues, señor, regla general, desde Noviembre á Julio, todos los años la insurreccion decrece, se vá poniendo pálida, pálida! consumida, consumida! Pero desde principios de Julio á fin de Octubre, engorda, engorda! y el poder español se vá adelgazando, adelgazando hasta ponerse como una prima de violín.

Para el corresponsal de *World*, la insurreccion es la segunda parte del cuento aquel de la pierna del pastor, que tan pronto se le hinchaba como se le deshinchaba.

Y dice él: la cuestion importante para los rebeldes es sostenerse hasta Julio, que empezarán de nuevo á engordar.

Y digo yo; sí, pero llegará Noviembre y volverán á enflaquecer. ¿Y el laurel del triunfo, dónde tendrán que ir á segar?

Aun suponiendo que pasen las cosas como dice el corresponsal, todo lo más que puede suceder es, que de tanto hincharse y deshincharse, reviente la piel, y adios patá!

Sigue meditando el corresponsal yankee, se dá una palmadita en la frente, y exclama:

“Si las autoridades de Madrid no hubieran enviado los hombres que se necesitaban, que urgentemente se necesitaban, no hay duda que las fuerzas libertadoras se hallarían en plena posesion de casi toda la Isla.”

¡Carape!

Esto es lo que se llama ser un mozo de provecho!

Ahora caigo yo en la cuenta; tiene razon mi hombre. Si de España no hubiesen venido tropas, y todas las que había aquí se hubieran marchado, y los voluntarios tambien, y los españoles de Cuba nos hubiéramos fingido muertos, y en la península Ibérica se hubiese juntado el cielo con la tierra, positivamente que las *fuerzas libertadoras* se hallarian en plena posesion de *casi* toda la Isla.

Pero, hombre, cómo no se les habrá pasado por la imaginacion á generales tan distinguidos como Jordan y Ryan un plan estratégico tan sencillo?

Pero, diga usted; Jordan y Ryan tienen imaginacion?

JUAN PALOMO.

MORALES LEMUS Y ENRIQUE PIÑEYRO.

VI.

Mal librados salen, en verdad, los habaneros de las manos del ciudadano Piñeyro; que duramente les critica su inmovilidad en los primeros dias de la insurreccion. Y en esto me hallo completamente de acuerdo con Piñeyro, porque bien sabe Dios que nos hubiéramos alegrado mucho todos los leales residentes en la Habana, de que los solapados simpatizadores de Céspedes se lanzáran al terreno de los hechos en vez de haberse dedicado, no siempre impunemente, á la fácil tarea de disparar *tiritos* desde los carruajes y las azoteas sobre los voluntarios y veteranos que descuidadamente transitaban por las calles. Paréceme, sin embargo, que en esa censura debe incluirse Piñeyro á sí mismo, pues si no recuerdo mal, en la Habana se hallaba, y desempeñando un juzgado de paz, por más señas.

Atribuye Piñeyro esa inmovilidad "á que faltó en aquel momento en la Habana un tribuno popular; uno de esos hombres cuyas miradas y cuyas palabras son dardos de fuego que encienden las masas dispuestas á todo; el jefe que las hubiese llevado á la acción, á algo que no fuese la fatal inmovilidad que á todos entónces los perdió." A tiro de balles- ta se conoce que al escribir Piñeyro estas palabras tenia la vista fija en sí mismo, pues sabido es que se cree superior en la elocuencia al griego Demóstenes, al latino Ciceron y á todos los oradores habidos y por haber; pero entónces hay que preguntar: ¿por qué no electrizó las masas con su mágica palabra y las condujo al combate? ¡Ay! Por amor al pellejo.

Lleva á mal tambien que los habaneros de su calaña no se hayan inscrito en las listas de los batallones de voluntarios, como lo han hecho en 1855; y tiene mucha razon, sí, señor: ¿por qué no se alistaron, por qué? Averigüelo Vargas. Todos los buenos se alistaron y nadie los rechazó: ¿por qué no hicieron lo mismo los malos, por qué? "Hubiera sido un gran golpe," exclama Piñeyro, satisfecho de su diabólica ocurrencia, y creyéndose tal vez un Maquiavelo. Pues ya se vé que hubiera sido un gran golpe: de ese modo no irian á la *manigua* tantos como han ido; se hubiera concluido más pronto.

D. José Morales Lémus no descansaba. Por entónces llevó á cabo la gigantesca obra de convertir las lógicas masónicas en focos de conspiracion: fundó la sociedad que se llamó de *Laborantes*, "término que han conservado los españoles—dice Piñeyro—para designar los conspiradores cubanos, y que quedará." Ya lo creo que quedará y pasará de generacion en generacion hasta la consumacion de los siglos, esté seguro de ello el ciudadano Piñeyro.

Como se vé, Morales Lémus se entretenia agradablemente y con poco riesgo, que él era muy ducho en esto de tirar la piedra y esconder la mano. Pero vino lo de Villanueva, comenzaron los *tiritos*, y eron los laborantes que el hueso estaba más duro de roer de lo que ellos, en su impenitente optimismo, se habian imaginado; principió el éxodo, la gran emigracion, la emigracion fenomenal; y Morales Lémus, que á pesar de ser el alma de todos los conciliábulos, el presidente de todas las juntas en que se adoptaban determinaciones tan nobles como la de pagar asesinos que se encargaran de *despachar* á todos los españoles que á mano hallasen, no sólo estaba vivo, sino que visitaba con frecuencia á la primera autoridad, á la cual mentia un españolismo sin límites; Morales Lémus, digo, viendo que los asuntos iban tomando un cariz de todos los demonios, lió el petate y cogió las de Villadiego, ó como dice su biógrafo, "dejó por fin oculta-

mente el suelo de su patria para no volver á pisarlo más." ¡Oh, dolor!

Llegó á Nueva York: las agrupaciones laborantes que allí existian le reconocieron como jefe, y la cámara oscura é *incorpórea* de la mitológica república cubana en su primera sesion celebrada en lo que habia sido Guáimaro, le nombró "enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en los Estados Unidos," autorizándole "para obtener no sólo el reconocimiento de la independencia de la Isla, sino todos los auxilios morales y materiales que condujesen á librar á Cuba del dominio español y llevasen á rápido término la guerra."

Ya tenemos, pues, á Piñeyro hecho fraile, ó lo que es lo mismo, á Morales Lémus metido á diplomático y en camino de eclipsar á Metternich, á Gorstchakoff y á Bismark. Esta es la época más brillante de los brillantes y consabidos cinco años, ó me engaño mucho. Ya verán, ya verán ustedes como al fin y al cabo consigue Morales Lémus todo aquello para que le autorizó la cámara de Guáimaro, y aun algo más.

En efecto: tantos y tan numerosos son los triunfos que desde ese dia consiguió Morales Lémus, que para hacerle inmortal bastará irlos refiriendo por su orden cronológico.

—La Cámara de representantes de los Estados Unidos acordó ofrecer al presidente su apoyo constitucional para cuando juzgase oportuno reconocer la independencia y soberanía del gobierno republicano de Cuba; autorizacion de que hasta ahora no ha tenido á bien hacer uso el Presidente. Primer triunfo.

—El dia 30 de Abril de 1869 la república de Chile reconoció como *bergantes*, digo, beligerantes, en el sentido legal é internacional de la palabra, á los patriotas cubanos. Segundo triunfo.

—Trece dias después hizo lo mismo el gobierno del Perú. Tercer triunfo.

—El dia 10 de Junio hizo idéntica declaracion la república de Bolivia. Cuarto triunfo.

Verdad es que á estas tres desgobernadas repúblicas les viene de molde aquello de: tú que no puedes, llévame á cuestras; pero esto en nada disminuye el valor... negativo de los triunfos de Morales Lémus.

Aun hay ménos.

—Redactó Morales Lémus una exposicion-alegato, que él, de seguro, titularía nota, y con ella en la faltriquera, llegó á Washington el 23 de Junio "lleno de esperanzas," que es lo ménos de que puede llenarse un embajador. En esa exposicion decía, invirtiendo los términos, que "la guerra que los españoles residentes en Cuba, sublevados hoy contra su propio gobierno, hacen á los cubanos, es de de tal especie, que llena al mundo de horror y deshonra la humanidad." Para remediar estos males pedía "el reconocimiento de la nueva república como potencia beligerante." El secretario de la guerra, general Rawlins, le dirigió "enérgicas y decididas expresiones de simpatía." Mr. Hamilton Fish tambien le dió... simpatías y... esperanzas en el resultado de cierto proyecto de arreglo que llevaría á Madrid el embajador Mr. Sickles; y Morales Lémus tuvo que contentarse con lo que le daban.

Llegó Mr. Sickles á Madrid, y todo el mundo sabe cómo recibió la prensa peninsular la semi-amenaza de los Estados Unidos, así como nadie habrá olvidado la enérgica y digna exposicion que por aquellos dias elevó al Gobierno Supremo el Ayuntamiento de la Habana; exposicion en que se emitian pensamientos tan patrióticos como el de que "los habitantes de esta Isla antepondrán siempre á sus particulares intereses el honor de la bandera nacional, que debe aparecer limpia y gloriosa ante todos los pueblos del mundo;" y á la cual fueron adhiriéndose sucesivamente todos los ayuntamientos de la Isla. Esta resuelta actitud del pueblo español dió al traste con la *mission* Sickles, y por consiguiente con las esperanzas de Morales Lémus. Quinto triunfo.

—Las cañoneras, injustamente embargadas por las autoridades federales á consecuencia de una insidiosa reclamacion del representante del Perú, fueron desembargadas y vinieron una tras otra á las aguas de Cuba á hacer pasar muy malos ratos á los comitentes de Morales Lémus. Sexto triunfo.

—Mr. Fish "iba siendo cada vez ménos comunicativo" con Morales Lémus, y la proclama del reconocimiento "que debia salir el 30 de Setiembre, —habla Piñeyro—y llegó á estar redactada y á faltarle sólo la firma del Presidente," quedó redactada

y sin firma, y así seguirá por los siglos de los siglos. Séptimo triunfo.

—"La Cámara de representantes—cópia—se excitó mucho al conocer las fases de la negociacion—la de Sickles—y apoyada en las simpatías del pueblo americano y movida por la más noble idea de justicia, estuvo *un momento* á punto de votar por gran mayoría una resolucion de auxilio eficaz á la insurreccion cubana;" pero "un mensaje inopinado del Presidente—sigo copiando—conjuró á última hora la inminente votacion;" y la Cámara se quedó con su buena voluntad, y Morales Lémus con sus esperanzas... perdidas. Octavo triunfo.

Después de esto, el diluvio. He dicho poco: después de esto, Piñeyro, que se descuelga echándola de filósofo con esta sentencia: "Cuba sabe que el porvenir es suyo y espera confiadamente."

Y puede esperar sentada Cuba... Libre; que en cuanto á Cuba Española, ahora que ya apenas si quedan *mambises* para un remedio, la aguarda un porvenir espléndido.

¿Es ó nó es una série no interrumpida de triunfos la vida diplomática de Morales Lémus?

Pues claro está.

JUAN DANDOLO.

RUMORES.

—¿Ha estado usted en el Bazar, Julianita?

—Sí, señora, anoche estuve un par de horas.

—¿Y hay objetos bonitos?

—Preciosos! La de X. llevaba un aderezo incomparable!

—Hablo de objetos para la rifa.

—Ah, sí! Juana y Ricardo *rifaron*. Y me parece que esta vez es para siempre.

—Pero, diga usted, sacarán provecho los pobres?

—Los pobres! Sí, efectivamente, los pobres estuvieron toda la noche muy tristes; pera ya vé usted, Ricardo se empeña en que Juana lleva mucha cascarilla...

—Pero, hija, está usted contestando á todo ménos á lo que yo le pregunto. Mi único deseo es saber si el Bazar dará buenos resultados para las clases menesterosas. ¡Eso es lo principal!

—Ah, sí! eso desde luego; pero le aseguro á usted que tengo ya deseos de que haya un bazar de novias. Me parece que á *necesitada* pocas han de ganarme.

—Lo de París está muy malo; crea usted que me dá miedo leer los telegramas que nos trasmite el cable.

—Hombre, sí; aquello es horroroso. Yo no sé en qué piensan esos pícaros franceses! Y el caso es que nos fastidian á todos: aquí me tiene usted sin poderme hacer una levita, porque el sastre no ha recibido el último figurin.

—Es verdad; pero poco más ó ménos ya se sabe lo que allí está más en moda. Vístase usted de general fusilado ó de populacho ébrio.

—Mire usted que esos descamisados nos están poniendo en un aprieto. ¿Qué le pasa á esa gente?

—Hombre, yo creo que están en los horrores de una digestion laboriosa. Después de comer tanto caballo, tanta rata, tantísimo gato, han de tener un zipizape en el estómago, que ya!

—Y la sangre les debe correr al trote largo por todo el cuerpo.

—Sí, señor; pero lo que no pueden digerir es un ejército alemán que han tenido que tragar por fuerza.

—Lo creo: más fácil es digerir un adoquin que un casco prusiano.

—¿Qué noticias hay de Puerto-Rico?

—No sé que le diga á usted. A mí no me gusta aquello. La gente de órden no ha querido votar y el triunfo en las elecciones ha sido de los llamados radicales.

—Pero los otros por qué no votaron? Yo creo que los buenos tienen obligacion de sobreponerse á los malos.

—Sí, señor; y hasta de aplastarlos.

—¿Y qué son radicales?

—Hombre, yo le diré á usted; sobre eso hay mucho que hablar...

—Sobre los radicales.

—Nó, señor; me apeo. Para formar un radical como los que se estilan en Puerto-Rico, se toman dos azumbres de sangre mambí, mezclada con un cuartillo de orchata de chufas; una costilla de laborante rezagado, una fotografia de la estrella de Yara, y un suspiro de Aldama. Todo eso se envuelve en un número de *El Siglo*, y ya tiene usted, sobre poco más ó ménos, un radical que puede servir de tipo.

—Pues, compañero, *escamati!*

—¿Ha visto usted la ópera *Jone*?

—Oh! sí, señor, admirable!

—¿Qué es lo que más le gusta á usted de ella?

—El solo de Vesubio.
—Tiene unas piezas muy lindas. Sobre todo, tiene la orquesta una fuga....
—Sí, y los coristas otra. ¡Y qué bien lo hacen!
—Pero podían hacerlo mejor. Sabe usted lo que ha dispuesto la empresa para hacerlos correr cuando huyen de la erupción del Vesubio?
—¿Qué ha hecho?
—Ha contratado hombres que en el momento crítico les diga a los coristas al oído: Présteme usted dos onzas!
—Magnífico! Positivamente saldrán a la carrera!
—Y le parece á usted que la ópera continuará representándose muchas noches?
—Hombre, yo creo que la empresa debe retirarla y empapelarla, pues como lo principal es la erupción.... ya sabe usted que para las erupciones lo peor es que les dé el aire....
—Ya lo creo! dígamele usted á mí, que por poco me hacen dar las boqueadas el sarampion.

—¿Qué sabe usted de España?
—¡Huy! no me pregunte usted: aquello está perdido.
—Pues qué ocurre?
—Los ánimos están exaltados. Los republicanos se han comido un canónigo.
—¿Cáscaras!
—Nó; las cáscaras no se las han comido. Y los carlistas están dispuestos á echarse al campo.
—¡Santo Dios de Israel! Pues diga usted que la yerba y la cebada van á ponerse á precios fabulosos!
—Los principales personajes de la situación han emigrado. Uno de los ministros se ha subido á lo más alto de la torre de Santa Cruz y no hay quien lo haga bajar de allí.
—Pero, hombre!....
—En el campo del Moro se oye todas las noches un ruido de cadenas....
—De reloj?
—Se ha descubierto una asociación misteriosa que tenía por objeto asesinar á todas las costureras.
—Caramba!
—Los encargados de la matanza debían ser una gran partida de calzoncillos que se fingían rotos para ponerse en contacto con sus víctimas.
—Eso es terrible!
—Hay sospechas de que los adoquines de las calles no son tales adoquines, sino carlistas disfrazados.
—Lo creo. Pero, dígame usted cuándo se han recibido todas esas noticias?
—El día que estuvo el cable interrumpido.
—Y cómo es eso? No habiendo comunicación con Europa, llegan todas esas cosas?
—Justamente! Pues no ha observado usted que cuando se interrumpe el cable es cuando más noticias corren, y cuando más gordas son. Qué quiere usted? esos son los misterios de la electricidad aplicada á las noticias de bulto.
—Es verdad!

JUAN LANAS.

BOCETOS A LA PLUMA.

Don Manuel Ortiz de Pinedo.

Pronunciad este nombre en un círculo literario ó político, y exclamarán todos á una:
—¡El maldiciente!
Anunciad que se acerca, y vereis ponerse en guardia á cuantos os escuchan.
Así como al relámpago sigue el trueno, así á Ortiz de Pinedo sigue el epigrama: cuanto más sereno aparece su rostro, cuanto más bondadosa y tímida es su expresión, más terrible es el dardo que prepara.
Parte la flecha, y una carcajada la saluda: entre el ruido de los que se ríen se pierde el ¡ay! del que ha sufrido la herida.
El chiste se comenta y se repite, que no hay epigrama ni gracia que no halle mil parásitos aspirando á llevar su librea; pero la herida queda abierta.
Los que aun están ilesos, sonríen de labios á fuera, pero temen que les llegue su hora, y donde hay miedo no hay cariño.
Ante el epigrama, desaparece todo: el hombre no es más que su lengua.
Se le oye, se forma corro en torno suyo, se le exigen epigramas siempre, y este es uno de sus castigos más terribles.
Tal vez experimenta su alma uno de esos pesares que necesitan un amigo, un consuelo; olvidado de sí mismo, corre á buscarlo, y el mundo le recuerda lo que es.
Si exhala un ¡ay! le espera el abandono: el sarcasmo necesita esgrimir sus armas para no perder su prestigio, y se ve condenado á hacer reír con su propio dolor.
Pero, ¿es este el perfil del intencionado publicista, del reputado autor dramático, del aprovechado político cuyo nombre vá al frente de este bosquejo?
Las opiniones están muy divididas: hay quien cree que el maldecir en él, es pura y simplemente una monomanía; otros presumen que es un arma que emplea para imponerse: quién dice que sus chistes brotan como las chispas de la piedra al choque del acero, quién los juzga producto laborioso de un canismo intelectual; en lo que todos están conformes es en que mal-dice, y no hay quien no recuerde innumerables frases de las que han pronunciado sus labios.

Como rasgos característicos, conviene á mi propósito reunirlos aquí.
Apénas entra á formar parte de la redacción del *Tribuno*, donde ensaya su pluma ántes de la revolución,
—¿Qué tal es el periódico? le dicen.
—Es, contesta, el que *eleva á más altura* las cuestiones que trata.

Su redacción estaba en un cuarto piso.
Penetra por las puertas del café del Príncipe, que reunía entónces á los actores y poetas. El artículo que más se consumía en este café era la murmuración, causa sin duda de que su dueño no se haya enriquecido: Pinedo no quiere ser menos que los demás, y su primera víctima es un poeta que acaba de sufrir un derrota.
Martos, su íntimo amigo, rompe involuntariamente una lámpara del café.
—No te apures, dice Pinedo; ántes que tú, ha roto Estrella la estatua de Apolo.
El hecho era cierto, pero la malicia lo interpretó; y los lacayos del chiste lo pasearon por Madrid.
—Haga usted algo para mi beneficio, le dice un actor, una cosa que guste.
—Sí, sí.... ya sé: una obra en la que se muera usted en el prólogo.

Se para un día en una de las puertas del café Helvético, *café herpético*, como él le llama, y un cómico vestido como para representar el protagonista de *La vida de un jugador*, se acerca á Pinedo:
—He formado una compañía, le dice.
—Sea enhorabuena; ¿y para dónde?
—Para Cuenca, ¿con qué le parece á usted que debemos hacer nuestra entrada?
—Con trabuco.
Apénas termina la representación de una obra dramática:
—¿Qué tal mi drama? le pregunta el autor.
—Hasta que se ha acabado, le contesta, no ha empezado á gustar.

Un entusiasta admirador de una actriz algo conocida, hace su elogio.
—Es una artista, dice, á quien no sólo falta génio, sino á la que en las grandes situaciones le sobra....
—¿Su marido? contesta Pinedo con horrible laconismo.
—¿Sabe usted, le dice un escritor, que me han atribuido la comedia de usted?
—Lo que yo sentiría es que me atribuyeran á mí las de usted, le contesta muy serio.
—Vengo malo, muy malo, le dice un compañero de redacción.
—¿Qué tiene usted?
—Nada, que se me ha hinchado el pié derecho.
—En ese caso, no podrá usted escribir.
—¿En qué consiste que X iba hace pocos meses hecho un Adán y ahora vá hecho un milord? le preguntan una noche en la *Iberia*.

—En una cosa muy sencilla.... responde, en que.... se ha casado.
Un escritor dramático que suele pasar la vida en un círculo masculino de los más elegantes de Madrid, es conducido al Saladero por causas políticas.
Pinedo acude á verle.
—¿Cómo está? le preguntan.
—Bien: allí no echa de menos más que los muebles.
Un alto personaje, ó mejor dicho, su coche, atropella á un infeliz aguador y le hiere, precisamente en un viénes de Cuaremas.

—¿Que siempre ha de comer de carne ese señor! exclama Pinedo al saber la noticia.
Se habla de un orador de los más áticos.
—Va le conozco, exclama: empezó en carrera con un conato de parricidio.
—¿De veras?
—Sí, por cierto, como que dedicó á su padre la primera obra que le silbaron en Sevilla.

Se acerca á un grupo uno de los más conocidos barateros de frac:
—¿Cuántos muertos debe tener ese hombre á su cargo! dice en voz baja uno.
—Le he visto levantar algunos, respondió el maldiciente.
Se anuncia que un alto funcionario diputado vá á presentar un proyecto de ley estableciendo la prisión por deudas.
—No puede ser, dice Pinedo; eso sería cerrarse el porvenir.
Juzgando á un orador, el más vehemente de los de nuestra patria, decía un escritor en un periódico: "Su crespa cabellera nos recordaba la de Mirabeau."

—¡Pobre señor! dijo Pinedo; en cuanto lea eso, no se vuelva á cortar el pelo.
—Acabo de ver á nuestro amigo A., y el pobre no hace más que exclamar: ¡Quién pudiera pagar! le dice uno.
—Peor está F. Porque ese sólo dice: ¡Quién pudiera deber!
De Olózaga ha dicho que es un hombre dedicado al culto de sí mismo. Le regalaron un jarrón, y exclamó:
—Ya tiene vaso para cuando oficie de pontifical.

Un día se hablaba en su presencia del emperador de los franceses.
La conversacion tenía lugar en el saloncillo del Príncipe:
—Desengañense ustedes, dijo Pinedo: Napoleon no es más que el empresario de la Francia.

Como si estas frases, que pierden mucho referidas por mí, porque callo los nombres propios; como si estos epigramas, algunos sangrientos, no bastasen, en una escena de su comedia *Quien siembra vientos*.... ha derramado toda la amarga hiel de su musa satírica.
Mendoza, en el que el público creyó ver el retrato de su autor, nos habla allí de un diputado sin renta que aspira á serlo para tenerla; de un general que lleva mal la faja.... por falta de costumbre; de un joven que vuelve muy tostado de América, porque se ha *ennegrecido* en la Habana; de un contratista que se parece á José María, porque ha hecho su fortuna en los caminos, etc., etc.

Ahora bien: después de presentarle á mis lectores al maldiciente cubierto con todas sus armas, rodeado de todas sus flechas, agitando la lengua sin cesar é hiriendo siempre, ¿no les parece justo conocer más á fondo á este hombre excepcional, cuya fama de epigramático sobrepuja á la que tiene como publicista, á la que ha conquistado como autor dramático?

Yo creo que sí; hojeemos á este fin las páginas de la historia de Ortiz de Pinedo.

Niño aun, pierde á sus padres y pasa al lado de un tío suyo, arcediano de Toledo, que se encarga de cultivar su inteligencia y de desarrollar sus sentimientos: su familia es absolutista, y á pesar de la tradición, abraza el joven las ideas liberales.

Una composición al *Dos de Mayo* le vale la enemistad de su tío, su abandono cuando más necesita sus auxilios para terminar en Madrid la carrera de leyes; pero no se intimida, porque ha luchado desde niño y luchar es su goce: únese á Iza, aquel desventurado fundador de *La Víspera*, que más tarde buscó la muerte en el Canal, y se dirigen los dos á Sevilla. Allí encuentra Pinedo un amigo, un verdadero amigo en Adelardo López de Ayala.

Vuelve á Madrid á terminar su carrera, y estrecha los lazos de una íntima amistad con Cristino Martos: los dos aspiran un puesto elevado entre sus contemporáneos, y buscan en la prensa los medios de llegar á él.

En aquella época azaroza comienza á desarrollarse en Ortiz de Pinedo la afición al epigrama.

Tiene ambición, lucha con los obstáculos, quiere comunicarlos, necesita un arma, y careciendo de la fuerza del navarro y de la perseverancia del gallego, encuentra en la sangre andaluza que corre por sus venas el germen del epigrama.

Pero las circunstancias y los hombres no tardan en convertir el chiste en dardo.

En un artículo titulado *Sociedad de elogios mutuos, seguros contra silbas*, derrama todo el acibar de la sátira sobre un grupo de autores que tenían buen cuidado en informar al público de todos sus actos, aprovechando la ocasión para incensarse de lo lindo.

El año de 1854 toma parte en el alzamiento de Julio, y con Narciso Serra y Cristino Martos se presenta á un general ilustre.

—Celebro ver á ustedes por acá, les dice; así podrá salir con corrección el *Boletín del Ejército*.

—Pastorido llegó un poco después, dice Pinedo cuando cuenta esta anécdota.

La revolución le ofrece un puesto distinguido en el ministerio de la Gobernación; le abandona el 56, pasa á escribir á *La Discusión*, y se retira del periódico cuando este rompe con los progresistas.

A partir de este instante, abandona la arena política por la literaria, y arregla un drama del francés: *Los pobres de Madrid*.

Su representación se debe á una chicharra. Una actriz ensaya un drama que es la esperanza de la empresa; el apuntador, hombre de buen humor, toca de pronto una chicharra, la actriz se ofende creyendo oír una alusión personal, riñe con la empresa, y el empresario pide socorro á *Los pobres de Madrid*.

—Pondré esta obra en escena aunque tenga que ser uno de tantos, dice. Pero los pobres le sacaron de apuros.

Pinedo, que debía á una chicharra la conquista del primer empresario, la más difícil para un autor, arregló en seguida para la misma compañía *El camino del presidio*.

Una vez expedita la vía, entre chistes y epigramas, dá á la escena comedias y dramas originales: *Frutos amargos*, *Los molinos de viento*, *Los lazos del vicio*, *Madrid en 1818* y *Quien siembra vientos*, son, si no me equivoco, las obras á que debe su reputación como poeta dramático.

Pero la fama de maldiciente se sobrepone á todo: con un chiste hace olvidar una comedia.... apénas deja tiempo para que le discutan; ántes de que el crítico hable, ya ha embotado un dardo en el crítico.

Fernandez y Gonzalez le felicita al final del estreno de una obra.

—Ahora sí que creo que ha obtenido mal éxito, dice Pinedo.

Una reminiscencia de su vida, su aparición en Vicalvaro, le lleva de nuevo al seno de la unión liberal y emprende en *La Política* una campaña, en la que hace el papel de bomba el famoso artículo *Habilidades*.

El Congreso le abre sus puertas como representante de la provincia de Guadalajara, y no tarda en resonar su voz pidiendo entusiasmado que se declaren beneméritos de la patria á los vencedores del Callao.

En estos acontecimientos vemos al hombre que ha luchado de niño, que considera la vida como una lucha, que se arma con el látigo de la sátira, que lo esgrime con suerte, puesto que no halla quien le devuelva chiste por chiste, que considera como una necesidad lo que ha adoptado como precaución, y que si al sonreírle la fortuna, no rompe el arma con que hiere y se hiere, es no sólo por cuestión de estilo, como él dice, sino por no haber encontrado quien practique la máxima que ¡cosa extraña! él mismo ha escrito y rubricado en esta redondilla:

Si no aplaudieran las gentes
Cuando el dardo se dispara,
Si nadie los escuchara
No hablarán los maldicientes.

¿A qué obedece el epigrama en Ortiz de Pinedo? ¿Coza en el mal ajeno? ¿Ignora que cada frase le proporciona numerosos enemigos y aleja de él amigos cariñosos? ¿Por ventura no sabe el porvenir del que mal-dice?

La comedia *Quien siembra vientos*.... es una prueba de que él se juzga con severidad, de que no quiere la reputación de que goza.

O esta comedia, que es la luz de la moral proyectando su resplandor hasta en los más recónditos pliegues del alma del maldiciente, es un acto de cimismo, y yo no lo creo, ó es señal de un noble y digno arrepentimiento.

Si es esto, le honra, porque no todos tienen valor para conocerse, y mucho menos para retratarse.

Mendoza exclama en la comedia á que aludo:

¡Que el agua que ha de beber
Enturbie el que está sediento!
¡Que haya quien levante el viento
Con que su casa ha de arder!

¿Qué hay que añadir á esto?

Hay que añadir, para que el retrato sea fiel, que el hombre á quien habeis visto maldecir de todos es, en su hogar, en la intimidad de su vida, un modelo de padres y un esposo ejemplar.

Madrid, 1871.

JULIO NOMBELA.



Informe de la Comisión encargada de investigar sobre la anexión de Santo Domingo á Mr. Ulises Grant.—¡Buen provecho!

Ayuntamiento de Madrid



CESPEDES A AGUILERA.

—Amigo mío, les han dado un buen susto á los Villegas, conque cuando las barbas de tu vecino veas pelar....



AGUILERA A SU ESTADO MAYOR.

—Hijos míos, dice mi vecino Céspedes que a puesto á remojar su barba; haced lo mismo vosotros si podeis, pues parece que las navajas de afeitar andan cerca.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 16 DE MARZO.

"Todo es farsa en este mundo."
(Título de una comedia.)

Pero no hay nada que sea tanta farsa como el laborantismo. Esto, que no es ninguna novedad, porque ya lo he dicho varias veces y otros lo han dicho antes que yo, voy á demostrarlo hoy que no tengo grandes noticias que comunicarte.

Voy á probar que el laborantismo es, no una comedia, sino una colección de comedias, toda una función compuesta de drama, comedia, sainete y su parte de baile, como las que suelen darse en España los lunes para solaz de los zapateros.

Para ello bastará hablar lisa y llanamente de lo que hacen los laborantes, y que me emplumen si no me veo forzado á usar á cada paso del título de alguna comedia conocida.

En primer lugar, *Llueven bofetones*, que se los descargan á troche y moche y sin compasión los laborantes unos á otros. Sin acordarse cada cual que tenía *El ejado de vidrio*, principió á tirar piedras á sus vecinos, y como naturalmente *Es que las dá las toma*, el apedreamiento se ha hecho general.

Lo que más distingue á esta *Planta exótica* que se llama laborante, es el *Afan de figurar*, porque él se dice: *Primero yo*; así es que además de los comunicados que aparecen en la *Revolucion*, han salido estos días infinidad de hojas volantes de varios corifeos atacando unos al *Club-Revolucionario* y proponiendo otros *Medidas extraordinarias* y empréstitos para *Probar fortuna*, porque esto sí, en el *Arte de hacer fortuna* están muy versados los laborantes, casi tanto como en el *Arte de conspirar*.

Ryan, que *Es un bandido*, ha contestado á la contestación de Aldama y se ha llevado al encuentro á Jordan, pero este *Héroe por fuerza*, que supo *Partir á tiempo* de la Isla para no volver jamás, ha hecho saber á Ryan, que es á la vez su *Rival y amigo*, (*¡Vaya un par! Dios los cria y ellos se juntan!*) que *El mejor de los dados....* es no jugarlos, y que él volverá á Cuba *Si la mula fuera buena*.

El pobre Aldama está desesperado al ver la ingratitud de los chicos, y casi se ha convencido de que *La peor cuña....* es la del mismo palo.

El ha sido *Una mina de oro* para la causa, él ha proporcionado á muchos *El pan de cada día*, él ha dado casi *El todo por el todo*, y sin embargo, todos se le echan encima y le acosan á peticiones de *Préstamos sobre la honra*.

Bien es verdad que *Quien más pone pierde más* y el que *Cria cuervos....* En fin! *A lo hecho pecho*, dice Aldama: *Paciencia y barajar!*

Néstor Ponce de León, el conductor de aquella *Pluma prodigiosa* que en la Habana quiso *Engañar con la "Verdad"*, está imprimiendo un libro que se titulará "Los mártires de Cuba," y en el que *Por no decir la verdad*, se ha visto obligado á usar un lenguaje insultante y corrosivo.

Esta obra, que saldrá de *La Escuela de los periodistas* laborantes, será el martirologio cubano, como si dijéramos *La lápida mortuoria* de la insurrección.

Cisneros no quiere ser menos que su amigo, y como en las cosas de este mundo hay siempre *Lo que se ve y lo que no se ve*, piensa escribir la historia de las expediciones que ha llevado á Cuba, seguramente para que le dejen llevar otra, *Una y no más*.

Estos dos libros serán *Un par de alhajas* para la literatura mambí, y después del que publicó Piñeyro, *Secretario privado* de Morales Lémus, bien puede decirse: *Cero y van dos*.

No creas, sin embargo, que Ponce de León y Cisneros publican estos libros por el mero gusto de enriquecer la literatura insurrecta; no, ellos están por *Lo Positivo*, y como saben que en este mundo *Tanto vales cuanto tienes*, piensan con estas obras sacar *Honra y provecho* y ganar aunque no sea más que *Una onza á terno seco*, porque, como dijo Quevedo: *Poderoso caballero es don Dinero!*

Aldama es el *Rigor de las desdichas* y la *Víctima de la calumnia*. Dicen unos que lo único que tiene es *Estupidez y Ambición*; otros que es el *Diablo en el poder*; y muchos aseguran que tiene *Un tesoro escondido*; pero él, que tiene todavía *Fé, esperanza y osadía*, vé con indiferencia esta *Guerra de familia* y sufre resignado estas *Borrascas del corazón*, que son *Escenas del siglo de la luz*, muy corrientes y molientes.

Los *desvalidos* enviados por laborantes de Madrid para fingir arreglos entre el gobierno de España y los insurrectos, pasan *De un apuro á otro mayor*, tanto que ya han exclamado varias veces: *No ganamos para sustos!*

Mientras por ahí perseguís al "Tábano," se rompía aquí una pata el "Ave-Jorro," porque ya está averiguado que *Dios castiga sin palo*, aunque á veces lo hace con *Palo de ciego*, y aunque sólo venían como *Aves de paso*, se han visto obligados á permanecer en Nueva York, y aún más en una casa española, *Por no escribirles las señas* de la casa cubana á que debían ir á parar y *Por no explicarse bien* al saltar á tierra.

El capitán que viene con el *pati-rotto* (paso al terminillo) es un *Hombré misterioso*, pero tan modesto, que ha visto con

desagrado que el "Diario de la Marina" se ocupe de su persona.

Ha escrito á la *Revolucion* una carta diciendo que él viene, no comisionado, sino como *Un caballero particular*, para hacer *Guerra á la guerra* de Cuba; que es *Hijo de la tempestad* y que los *Marinos en tierra*, como en la mar, deben procurar combatir las tempestades.

Emilia, que es *Una mujer de historia*, se ha puesto un candado en la boca desde aquella *Batalla de damas ó Conjuración femenina*, que tanto ruido metió y que le ha valido una burla á Castillo *Por seguir á una mujer*.

Las acusaciones que dirigieron á Aldama y Mestre las Hijas de Cuba han dicho los ex-miembros de *La sociedad de los trece* que han sido *Empeños de una venganza*, y como *Para mentir, las mujeres*, quieren hacernos creer que todo ha sido mentira.

Pero cómo hemos de creerlo, si doña Emilia *Es una mala!* Ahora vá á hacer la *Última calaverada*, bordando otra bandera, pues ya ha perdido las *Ilusiones de la vida*, y estos entretenimientos le hacen más llevadera *La cruz del matrimonio*.

Los laborantes están circulando multitud de hojas sueltas dando el grito de *¡Aleita!* porque temen que *El diablo está en todas partes*, *En palacio y en la calle*, que *El enemigo está en casa* y el laborantismo *¡En crisis!*

En fin, tienen *El Alma en un hilo*, porque ven que el ganar de los mambises es *Ganar perdiendo*, que la insurrección ha sido *Un relámpago*, y que ha llegado el momento de irse *Con la música á otra parte y Sálvese quien pueda*.

Tanto *Los patriotas*, como estos laborantes que componen la *Agenda de correlargo*, que *Todos son unos*, creyendo que *De audaces es la fortuna*, quisieron *Ir por lana*; pero esto ha sido *Hacer la cuenta sin la huésped*, porque han encontrado *Para un traidor un leal* y muchos que aman á Cuba, pero que son *Españoles sobre todo!*

JOHN BULL.

MADRID, 26 DE FEBRERO.

Mi querido PALOMO: después del asesinato del general Prim, ha podido ocurrir otro. El de D. Manuel Ruiz Zorrilla, á quien alevosamente hicieron fuego en la noche del día 18, dos asesinos en la calle del Pez, saliendo ileso de los disparos, por un milagro.

¿Sabe usted, querido Sr. JUAN, quién alienta á los asesinos en esta clásica tierra de la hidalguía? ¿Sabe usted quién ha promovido las salvajes insurrecciones de Cádiz, Málaga, Jerez, Puerto de Santa María, Barcelona y Valencia?

¿Sabe usted quién ha dado dinero á los demagogos de París y de Marsella?

Pues son los filibusteros, esos bastardos descendientes de honrados españoles.

Los asesinos cobardes de Castañon.

Esos miserables mendigos de favores ignominiosos y que deshonoran.

Esos canallas para quienes Dios es una mentira, la honra un mito, la conciencia una burla, la dignidad un sarcasmo, el patriotismo una quimera, abusan infamemente de la lenidad con que han sido tratados y tienen aquí sus reuniones.

En esas juntas ó converticales se fraguan planes estupendos de destrucción social, que suelen quedar en dicho.

El oro que se remite de Cuba, sirve para comprar conciencias fáciles, y hacerse con las simpatías de tribunos de la demagogia.

No es aquí sólo, Sr. JUAN, donde se conspira por los filibusteros.

En París, los republicanos alborotadores que no han servido para otra cosa que para promover los desórdenes y escenas vandálicas de Marsella, de Lyon y de París, se han acordado de Cuba también, esperando que los traidores que se pasean por los Estados Unidos proclamen la república en Cuba, para *repartirse buenamente* el botín que ha de resultar de la repartición de bienes que se proyecta para en su día.

¿Verdad es, amigo Sr. PALOMO, que les vá saliendo el tiro por la culata.

El gobierno español quiere, como la nación quiere, que Cuba sea de España.

El ejército que en Cuba opera tiene nenes como Montaner y otros bravos, que antes dejarán la vida que transigir con los infames enemigos de la integridad nacional.

El entusiasmo y valor de los voluntarios, á cuya cabeza campean bizarros españoles netos como Argudín, de blanca cabeza, de corazón siempre joven, generoso y esforzado, ni se entibia ni desmaya, y con la fé del presente en la paz del porvenir, milagros hace y hará siempre, que serán el orgullo en todo el mundo de la hispana raza.

La prevision, la entereza, la calma y el talento del bravo conde de Valmaseda, ayudado del ejército y los voluntarios, dará cima á la patriótica obra.

Ya lo saben los mambises: los traidores que han tenido ilusos como Luis Ayestaran, indignos farsantes como Gouffré, que han deshonorado más y más con sus necesidades

criminales, la causa de los laborantes: los tigres que han arrasado comarca por comarca entera, los incendiarios que con la tea han predicado la falsa libertad de Cuba, obedeciendo las crueles órdenes de cobardes histriones como Alfonso, Aldama, inocentadas ridículas como las de la mujer de Juan Clemente Zenea, son conocidos aquí, y por ende, odiados y despreciados, porque la traición, la vileza, la infamia y la deshonra, ni recomiendan, ni favorecen á las almas villanas de los perversos.

El Carnaval ha sido magnífico.

Las máscaras se han lucido y las comparsas han sido numerosas y han dado bromas como de costumbre.

Los teatros han cobijado á los aficionados á Terpsícore: se ha bailado mucho, y la novedad este año ha sido *les quadrilles*, esto es, mi querido Sr. JUAN, la exhuberancia del can-can, de ese maldito can-can importado por los franceses, abundante en música lúbrica y grosera, en ademanes caricaturescos y ridículos, sin la sal de las seguidillas manchegas, sin la gracia de las boleras, sin la sandunga del fandango, sin el tono característico de la danza habanera, del americano tango.

Solamente los permisos pedidos por dueños de carruajes para penetrar en el paseo de coches del Prado ha producido á la beneficencia municipal, cerca de dos mil quinientos pesos.

La reina María Victoria, que había emprendido el viaje á España para unirse á su esposo el rey Amadeo, se detuvo en Alasio, efecto de una fiebre que puso en peligro su vida, de la que felizmente se halla por completo restablecida.

Probablemente saldrá de Alasio el 3 ó 4 de Marzo, llegando á España el 10 ó 12 del mismo mes.

La recepción será magnífica y entusiasta por parte del pueblo español, que conoce sus virtudes.

La cosecha se presenta admirable, y con paz y buen gobierno, aun hemos de ser felices.

Salud, Sr. JUAN.

Firme con los mambises y nada de amnistías, y nada de perdones, y nada de cándidez.

Fuego y andando, y hasta otro correo.

Salud al Conde de Valmaseda, á los voluntarios y al ejército.

Le quiere,

JUAN LORENZO.

CARTA

de Judas Iscariote á don Miguel Aldama.

Muy señor mío y apreciable correligionario: sabrá usted como me alegraré mucho que al recibo de estas cortas letras, se halle usted en la más cabal salud, en compañía del árbol que me sirvió para colgarme, como yo para mí deseo. La mía es buena, á Dios gracias, y eso que todavía me duele mucho la nuca, efecto de los grandes bamboleos que dí en el árbol consabido, cuando tuve la mala ocurrencia de ponerme de espanta-pájaros.

Ya sabrá usted que elegí para ahorcarme una higuera de esas que echan brevas. ¡Funesta elección, que me hizo sufrir mucho en la hora de la muerte! Figúrese usted que tenía delante de mis ojos y á muy corta distancia de la boca una de esas brevas maduras y hermosas que dicen *comedme!* á todo el que las quiere oír.

En medio de las agonías de la muerte, me daban unas tentaciones de darle un bocadito.... Pero; ¡quía! lo de quiero y no puedo. Exactamente lo mismito que le sucede á usted: ahora, como cuando se disponga á servir de adoquín en un pedazo del cementerio, quiere y querrá morder la breva esa de la *Presidencia*, pero no le alcanzan los dientes. Culpa es de quien se los ha colocado de tan mala manera. Con sólo que le hubieran á usted puesto la quijada un poco saliente; dándole así la configuración de trompa, y al labio superior la agilidad necesaria para cojer los comestibles y hacerlos pasar luego á los dientes, quizá estaría todo arreglado. Pero es preciso desengañarse de que nuestra organización es muy imperfecta.

Porque, es lo que yo digo: cada hombre debería estar hecho según para lo que sirve. A mí, por ejemplo, me hubiera convenido mucho tener el pescuezo de hierro colado, para que no me resultara ninguna *contingencia* de aquella mala idea que me dió de ahorcarme. Usted, aparte de la forma que requiera su quijada, como antes hemos dicho, también merecía distinguirse algo de los demás hombres, ya que ha nacido usted para más elevados fines que la generalidad.

¿No sabía usted y sabía yo y lo sabía el comadron que le ayudó á meter la cabeza en ese pícaro mundo que usted nació para ser la cabeza de un pueblo, que no es pueblo? Pues si trajo usted esa superioridad sobre los otros mortales, por qué razón ha de ser usted igual á ellos? Por qué ha de andar usted en dos pies como el último pelafustran? Usted debería tener dos patas más; sí, señor, para distinguirse de los demás y para que se viera que de todo tiene usted más que los otros hombres.

Sabrá usted como desde que dí las boqueadas en ese mun-

do, y dejé el cuerpo colgando de un árbol, como calzoncillo puesto á secar, mientras que el alma, volando de rama en rama, vino derecha á estas regiones, vivo tan ricamente en el infierno, aunque me está mal el decirlo.

Esta es tierra de mucho calor, tengo que confesarlo, pero un compadre mío y casi de mi tiempo, el *mal ladrón*, el Quesada de aquel siglo, como si dijéramos, hace unos abanicos muy buenos, que dan mucho aire. El mismo que los soldados españoles se dan en matar mambises, con que figúrese usted si será aire!

Pues sí, señor; aquí me tiene usted para lo que necesite, y sabrá usted como se le servirá con mucho gusto y fina voluntad: y me alegraré que al recibo de estas cortas letras se halle en la más cabal salud, en compañía de la Junta y demás muebles que sean de su agrado. Mi salud es buena, para lo que usted guste mandar, en compañía de la parienta y demás menesteres consiguientes á la naturaleza de la persona, sin que esto sea lisonja.

Sabrán usted como aquí, entre los amigos, se empieza á murmurar de usted. Dicen que es usted el Judas de estos tiempos, pero añaden que además, es usted tonto; porque yo sí fui traidor cobré mi escote, metiendo en el baul aquella friolera de los treinta dineros; pero lo que es usted, ha puesto los *monises* encima para hacer lo que yo hice, y no solamente ha soltado los treinta dineros, sino también la capa. Compadre, es usted un Judas perfeccionado, según los adelantos modernos: un Judas al vapor, como la máquina de freir patatas.

Ya nos hemos enterado todos de los últimos percances que le han ocurrido. ¡Cómo ha de ser, hombre; tenga usted paciencia! Aquí, en el infierno, tenemos un refrán que dice: *en manos de mujeres feas te veas*. No tiene usted poco trabajo con haber caído en manos de las señoras de la *liga*!

En mi tiempo no se estilaban aun las ligas: las mujeres entonces llevaban la pierna más á la *negligé*; y aun así y todo, pasé la pena negra cuando estaba tramando aquella conspiración contra mi divino Maestro, con que ayúdeme usted á sentir, qué será ahora!

Desengáñese usted; la carrera que usted y yo hemos seguido tiene muchas quiebras; y si nó que lo diga Fésser, que es el hombre de las *quiebras*, lo mismo si se trata de piernas, que si se trata de negocios.

Forzosamente usted tiene que acabar como yo, colgándose de un árbol, ¿qué remedio le quedará? y por eso estuve buscando uno á propósito (un árbol, y un remedio) para incluirlo en esta carta. Hasta la presente no lo he podido encontrar á mi gusto, porque si no ha de sufrir usted tanto como yo sufrí, se necesita un árbol cuyo verde no le abra á usted el apetito.

Un amigote, muy campechano que tengo por estas *áscuas*, y que es muy inteligente en esto de colgar—como que fué lavadero!—me ha ofrecido mandarme un arbusto de los mejores, el cual se lo remitiré á usted inmediatamente para que lo reciba con la más cabal salud que yo para mí deseo.

Para escribirle aprovecho la ocasión de estar en cuaresma, que es cuando justitamente hace años que yo emprendí el oficio que usted tiene ahora, para probarle que no me olvido de los compañeros que saben también trabajar por lo fino, aunque con desgracia. ¡Cómo ha de ser! las obras mejor preparadas se estropean. Doña Emilia es de la misma madera que se hacen las mujeres guapas, y sin embargo, ya vé usted!... Eso no está en la voluntad de la persona.

Usted lo que ha de hacer es arreglar sus cosas. Comprarle cascarrilla á la parienta: retratarse para que luego no haya duda de cómo era la estampa de la heregía; escribir otro manifiesto, para adquirir agilidad en los pies, y luego ahorcarse con todas las reglas del arte y con todo el aparato que requiere el argumento.

Es la manera más decente que tiene usted de salir del atolladero.

Hágalo usted como lo digo; pues aquí le aguardamos con afán. Y no tenga usted miedo, que aquí no nos encontramos divididos, aunque parezca que lo estamos por el eje; ni hay ninguna señora de Villaverde. ¡Canastos, quién paraba entonces en el infierno!

Con que, estimadísimo correligionario, toque usted esos cinco, y ya sabe que puede contar con su *ahorcado* amigo.—*Judas Iscariote*.

Por la copia,

JUAN DE AUSTRIA.

LA LIGA Y LA PIERNA.

Tengo yo una liga
color de escarlata,
color de vergüenza,
color de granada
ó color de sangre
de conejo ó rata.
Tengo yo una liga

que es de goma elástica,
con lazos de seda
y hebilla de plata.
Tengo yo una liga
que es una monada,
pues de muchas *monas*
compuesta se halla.
Liga, que se estira,
se afloja y se ensancha
y pide dinero,
que es la cosa rara.
Que unas veces rie,
que otras veces canta,
que otras veces llora,
y que siempre rabia.
Tiene un dijecito
que un lazo resguarda:
el dije es Emilia,
la gran suripanta,
y el lazo Castillo,
aquel de la *Caja*.
¿Pero han visto ustedes
qué liga tan rara?

Una pierna he visto,
ni gorda ni flaca,
ni blanca ni negra,
ni corta ni larga.
La liga la oprime,
y un surco señala
que le pica mucho
si mucho no rascan.
Piñeyro es el hueso
de esta pierna extraña,
Bramosio el pellejo
y la carne Aldama.
¿Y es esto una pierna?
Nó, señor, que es.... *pata*.

JUAN DE LAS VINAS.

SARTENAZOS.

¡Cataplum!
Golpe cruel para los laborantes separatistas de la isla de Puerto Rico.

Golpe, y duro golpe es para los malos el nombramiento del buen patricio y entendido funcionario D. Pedro Diz y Romero para el importante puesto de Secretario de aquel Gobierno Superior Político.

El Sr. Diz es un vecino acomodado de la ciudad de Ponce, que ha sido Promotor fiscal, Juez de 1ª instancia, Secretario de la Audiencia y consejero de Administración, habiéndose captado en todas ocasiones la estimación general.

Añada usted á todo eso que el Sr. Diz es uno de los hijos de España que no transigen con nada que tienda á quebrantar la integridad de la nación, y dígame usted si no tengo razón al afirmar que los laborantes de Puerto Rico han recibido un golpe mortal con este nombramiento.

He dicho algo?

El populacho de París ha fusilado ya dos generales. Y por lo visto se halla dispuesto á almorzarse el día ménos pensado el Arco de la Estrella.

Los alborotadores crearán de muy buena fé que van á salvar la patria.

¡Si esto de la patria es lo más elástico!.... Lo mismo se salva fusilando generales en París, que bordando banderas en Nueva York, que emborrachándose en la manigua.

RECETA CONTRA LAS PULGAS.

La pulga es un animal iracundo y vengativo, y el que sabe sacar partido de esos defectos tiene mucho adelantado para destruirla.

El que haya cogido una pulga y desee su exterminio, comenzará irritándola por medio de frases denigrantes y todo género de personalidades injuriosas, como llamarle, por ejemplo, *miembra* de la *Liga* esa de *Hijas* de no sé dónde. Procurará excitar su encono, ya sea apedreándola, ya dándole de latigazos.

Así las cosas, la pulga se enfurece y se lanza sobre su agresor; pero en el momento en que el sanguinario insecto se levanta en dos pies para saltar sobre el hombre y devorarlo en silencio, es preciso un gran rasgo de sangre fría y de fuerza para cogerle las piernas y sostenerla patas arriba.

En esta posición vertical, la pulga hace esfuerzos sobrehumanos, y se sacude de un lado para otro....

La sangre se le sube á la cabeza, y al fin muere de congestión ó de falta de sueño.

Parece que está ya fuera de duda que D. Carlos de Borbon, el *Séptimo* por mal nombre, ha estado en Madrid.

¡Anda, salero!

Sin duda quiso enterarse de si hay alguna jaula vacía en la casa de fieras.

Pero lo más original es, que al marcharse de nuevo al imperio austriaco, un extranjero que formaba parte del acompañamiento del *ilustre* viajero murió de repente en el wagon del ferro-carril.

Corrió la voz de que el muerto había sido el mismo don Carlos, porque todo lo que se refiere á este personaje, forzosamente ha de *correr*; pero el pretendiente, después de oír el parecer de sus consejeros más íntimos y de pedir informes al verdadero difunto, se creyó autorizado para desmentir oficialmente su fallecimiento.

Digo; acompañar tan sólo á D. Carlos produce la muerte; con que hágase usted cargo de lo que costaría obedecerle!....

Han llegado á París agentes bonapartistas.

¡Me escamo!

Y Napoleon está en Inglaterra.

¡Me vuelvo á escamar!

Y dicen que los prusianos volverán á entrar en París.

Ahora sí que tengo más escamas que un pez.

Pero lo duro es que el pez no soy yo. El *pez* ¡y muy largo! es Napoleon, y yo soy el que tengo las escamas. Vaya usted á penetrar estos arcanos de la naturaleza.

Ya vuelve á ignorarse el paradero del niño Terso.

Pero ese bendito príncipe, ó pseudo príncipe, ó lo que sea, ¿no podrá sentar la planta, ya que no pueda sentar la cabeza? ¡Qué trágica!

Como dicen los pollos madrileños, *no me hace feliz la ópera Jone*; á pesar de que sale el Vesubio vomitando llamas, y de aquel tonelete que saca el barítono y que parece materialmente un miriñaque.

Ménos Vesubio y más música es lo que hace falta. ¿Está usted, maestro Petrella?

Ha debutado un nuevo tenor en *Los Puritanos*. La verdad; para tenor es bastante gordo y puede pasar; para cualquier otra cosa le falta voz.

Cópio de *La Revolucion* el siguiente parrafito:

“Un Presidente y una Cámara de Representantes que dicta leyes que el Ejecutivo hace cumplir, ahí en vuestras narices.”

Hombre, eso de colocar las leyes en nuestras narices es convertirlas en una sustancia, poco limpia, que no quiero nombrar.

No hubiera yo dicho tanto para desacreditarlas.

Casi conmovido he visto en los periódicos que el inspirado poeta Alarcon, corresponsal en Madrid de nuestro apreciable colega el *Diario de la Marina*, ha recibido la bendición del Papa, para un hijo suyo que acaba de nacer.

Con tal muestra de aprecio debe estar satisfechísimo el señor Alarcon, á quien sin duda S. S. ha perdonado aquel desahogo que tuvo en las columnas de *La Discusion*, titulado *El Rey se divierte*, que ciertamente no hubiera tenido mucho reparo en suscribir el mismísimo Suñer y Capdevila.

Pero todo se ha olvidado ya, y el señor Alarcon recibe lleno de gozo la bendición, que le ha hecho ganar sin duda otro artículo titulado el *Clero*, que escribió en Granada y que comenzaba de este modo:

“....Vamos á ocuparnos hoy de una *colmena* que se llama Iglesia, al rededor de la cual hormiguea una infinidad de *zánganos*.”
.....
¡Benedicite! y vámonos á dormir.

—Habrá usted visto que el nuevo emperador de Alemania acaba de conceder al conde de Bismark el título de Príncipe.

—¿Y de qué?

—Príncipe de la Sangre.

El dignísimo general Segundo Cabo D. Buenaventura Carbó ha sido relevado.

¡Hombre, por Dios, que no suceda tal!

Los jefes de voluntarios han pedido al Gobierno que deje al señor Carbó en su puesto, donde tantas simpatías se ha conquistado.

Todos sentiremos la marcha del distinguido militar y honrado ciudadano.

Nuestro amigo el joven poeta D. Antonio Enrique de Zafra, ha dado á luz *Los Salmos penitenciales*, comentados en verso, que ha escrito recientemente.

A reserva de hablar de ellos otro día, por hoy recomienda JUAN PALOMO su adquisición, con tanto más motivo, cuanto que la obra sale á luz en días clásicos para su lectura.

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria,”
CALLE DE O'RYELLI, NUM. 54.

PRECIO.

Habana: **50** centavos.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE, CON
EL NOMBRE DE SUS AUTORES Y EL DELITO
QUE HAN COMETIDO.

Efemérides, por la Redacción.
Calendario de españoles célebres en las artes, las ciencias y las letras, ordenado por D. Enrique José Varona.
Epigramas, por Ventura Ruiz Aguilera.
No me olvides, por José Durán.
Devolucion, por R. de Medina.
A mi madre, en la víspera de sus días, por José F. Vérguez.
Epigramas, por A. Alcalde y Valladares.
Juicio del año, por JUAN PALOMO.
Mosáico, por Ricardo Sepúlveda.
Biografía del Conde de Valmaseda, por Francisco J. Ruiz.
En un álbum, por José Zorrilla.
Sotto il Manzanillo, por M. del Palacio.
Blas y Blasa, por José Moreno de Fuentes.
Lenguaje anticuado, por Juan Ortega y Gironés.
El fantasma, por Luis Vidart.
Apuntes de una mujer que fué casada siete años, por José Muñoz y García.
Dos pesetas, por A. Alcalde Valladares.
Tiempos pasados, por R. de Medina.
La causa de mi pena, por Juan Asecas.
El niño á su maestro, por E. Sanchez de Fuentes.
Apuntes sueltos, por Rafael García Santisteban.
Una página de mi vida de soltero, por Teodoro Guerrero.
El amor y las flores, por Arturo Cuyás Armengol.
Los primos, por Juan Rico y Amat.
Un duelo, por Antonio E. de Zafra.
Cuento, por A. Alcalde Valladares.
La primera página, por Antonio Flores.
Los desvalidos, por G. Díaz Granados.
Pensamiento, por J. F. Vérguez.
Fabulillas, por J. Rico y Amat.
Castillos de naipes, por M. Vazquez Castro.
Lo que me gusta más, por Domingo Verdugo.
Fabulilla, por J. Coupigni.
Noches de invierno, por Angela Grassi.
Rústica descripción, por Alejandro Benisia.
¿Quién es el tiempo? por Pedro Domingo Montes.
Madrigal, por Miguel Sanchez Pesquero.
Un mal consejo, por John Bull.
Moratin, por Rafael Otero.
Pasar el rato, por Abenamar.
Tú y yo, por Narciso Serra.



PRECIO.

Interior: **60** centavos.

Historias espirituales, por José Baamonde y Ortega.
A mis hijos, por Saturnino Martínez.
La buena ventura, por R. Espinosa de los Monteros.
Consejo, por Carlos de Pravia.
La anciana indevota, por Juan Eugenio Hartzenbusch.
Un nombre, por José E. Triay.
Dulzura de la mujer, por K. Lendas.
Epigrama, por Juan del Peral.
Tipos de Madrid, por Fernando Martínez Pedrosa.
Los padres y los hijos, por R. de Campoamor.
El aguador, por Jesus Hermosa.
En la muerte de la infeliz Concetta Rubini, por M. Eulate.
Una señora célebre: Safo, por Ricardo Sepúlveda.
A un neo, por Ernesto García Ladevese.
Santa Cecilia, por E. Fourier.
Carta de un peninsular, por Antonio Arnao.
Lo que yo quiero, por Serafi Pitarra.
Epigramas, por F. Martínez Pedrosa.
Armonía misteriosa, por Luis Vidart.
El canto del cisne, por Manuel José Quintana.
El lustre, por Mariano Ramiro.
A. F., por Joaquín Fuentes Bustillo.
Epigramas, por Rafael García y Santisteban.
Primer regalo hecho por Cortés á Carlos V, por Jesus Hermosa.
Cantares gallegos, por Rosalía Castro de Murgía.
Libro inédito, por Emilio Castelar.
Pensamientos, por M. Murguía.
¡Te vi llorar! por R. de Medina.
Confesiones, por Eusebio Blasco.
La flor de la maravilla, por Juan de Ariza.
La camelia, por José Durán.
El conde de la Cortina y de Castro, por Jesus Hermosa.
Epigrama, por Ricardo Sepúlveda.
Las palpitaciones, por P. de Madrazo.
Al distinguido poeta Teodoro Guerrero, en la muerte de su hija, por J. F. Vérguez.
A Angela al remitirle un ramo de flores, por E. Hortsman.
¡Salve, María! por R. de Medina.
Adios! por JUAN PALOMO.

Además, contiene el *Almanaque* porción de sueltos, anécdotas, cuentos, epigramas, chistes, pensamientos, esto, lo otro y lo de más allá: en fin, es cosa que merece la pena de leerlo.

ILUSTRADO CON DIBUJOS Y CARICATURAS

DE

Ferrán, Landaluze, Cisneros y Ortego.

ADVERTENCIAS.

Este *Almanaque*, con arreglo al prospecto de JUAN PALOMO, se ha repartido *grátis* á los que han pagado adelantado el importe de un semestre ó año de suscripción, á partir desde Noviembre del 70.

Los suscritores por meses ó trimestres pueden adquirirle, mediante presentación del último recibo, al precio de 40 cts. si son de la Habana, 50 si del interior, Pto. Rico ó España, y 65 si del extranjero.

A los no suscritores costará: 50 cts. en la Habana, 60

cts. en el interior y Puerto Rico, 75 cts. en el extranjero.

Consta de un tomo de 130 páginas en 4.º, á dos columnas, edición elegante, con artículos, versos, epigramas, biografías, novelas, cuentos y despropósitos, etc., todo guisado y condimentado por los redactores, corresponsales y colaboradores de JUAN PALOMO.

Hállase de venta en las principales librerías de la Habana y agencias de JUAN PALOMO en el interior de la Isla.

Los pedidos pueden dirigirse con su importe en sellos al Administrador de JUAN PALOMO, O-Reilly, núm. 54.



Cuarto menguante (Aldama.)

Satélite de la Junta.
(Ponce de Leon.)Satélite de I. Agramonte.
(Domingo Giralte)

Cuarto creciente (Castillo.)